

La tormenta que se avecina

Mientras caen una a una las piezas de la estrategia reeleccionista del gobierno actual, la oposición política (si se le puede llamar así) pareciera estar haciendo todo lo posible para perder las elecciones de 2014.

Todo indica que la cerrada alineación del actual presidente con los clanes del capital financiero que en esta y anteriores administraciones se valen del control del gobierno para saquear al país, llegó para quedarse.

Aunque es cierto que esos clanes se vienen repitiendo de una a otra administración (los Gaby, Pipo, Mello, Ochi, etc.), ningún otro gobierno -en los últimos cuarenta años- asaltó las arcas del Estado de una forma tan masiva, despiadada y descarada.

Para posibilitar el saqueo se destruyó la poca institucionalidad erigida bajo el paraguas de la democracia liberal a partir de la invasión norteamericana de 1989 y, por ello, no queda ya independencia de poderes, transparencia, acatamiento a las leyes y tenemos un presidente que no solo se extralimita en sus funciones constitucionales sino que, cotidianamente, siendo el representante de todos los panameños, habla al país desde la pequeñez de su partido y de sus intereses.

El principal peculado es la apropiación de todo cuanto hace el gobierno para el beneficio político exclusivo de una persona.

Tan es así, que quien en el día a día enfrenta a los candidatos de oposición no es el candidato del oficialismo sino el propio presidente. Pareciera que el candidato es él y no quién ganó las primarias presidenciales de Cambio Democrático.

Por ello, todavía es posible que esa percepción se pretenda convertir en realidad.

Acaso sea esta la razón por la que el propio presidente reconoció en una entrevista reciente su intención de introducir cambios a la constitución de la república antes de que termine su mandato, sin revelar la naturaleza de esos cambios, sin explicar las razones para hacerlos a última hora, sin espacio ni tiempo para un adecuado proceso de consulta y participación ciudadana y en un año que se caracterizará por un enconado enfrentamiento por el control del poder político.

Acaso por ello, es que se intenta sacar de la Corte Suprema al magistrado Jerónimo Mejía, valiéndose de ilegales e insostenibles argumentos y utilizando a una amaestrada mayoría parlamentaria.

Ante tanta arbitrariedad ¿qué hace la dirección del PRD?

Al parecer ha cometido el error de combatir en el terreno al que lo lleva su adversario. Ha decidido luchar con las mismas armas de su adversario, apostando al clientelismo, renunciando a una campaña de propuestas, sin ofrecer al país el compromiso de perseguir la corrupción, detener el saqueo y la venta de nuestro suelo y subsuelo, de nuestros manglares, costas e islas, nuestros ríos.

Los postulados del torrijismo son los mayores ausentes del discurso político del PRD de hoy. Dónde quedó la consigna del “mayor uso colectivo posible” del Canal y la Zona, dónde quedó la organización de las comunidades para defender el derecho a la tierra, a salud y educación de calidad, la defensa del campesinado, de los indígenas, el derecho a trabajo y vivienda dignos para los sectores mas humildes y marginados de nuestro país.

Sin programa y sin principios, no es de extrañar que sean los diputados del PRD los que impulsen leyes para favorecer al gobierno, que existan enfrentamientos al interior de sus organismos de dirección y no pocas dificultades para garantizar una oferta electoral comprometida con un liderazgo único.

Las condiciones están dadas para una compleja crisis política, cuyo alcance y consecuencias son inestimables. Basta señalar que las herramientas institucionales que con tanto esmero el actual gobierno se ha empeñado en destruir, magnificarán el impacto de la tormenta que se avecina. Sin credibilidad en la clase política, sin confianza en la justicia (en la Corte Suprema o en una corregiduría), con una fuerza pública a la que se le viene enseñando (como en el pasado) a obedecer y violar los derechos humanos de los ciudadanos, con pandillas de alquiler, torrentes de dinero mal habido (del narco o de peculados) y un electorado que pendula entre el clientelismo y el temor a manifestarse, cualquier cosa puede suceder.